

# Un punto de vista sobre la narrativa mexicana contemporánea

Humberto Guzmán

MÉXICO ES UNA NACIÓN compleja. Sus raíces se remontan a casi tres mil años. De pronto, la inevitable llegada de los europeos (españoles, encabezados por Hernán Cortés), que al otro día se hicieron americanos (de toda América) e inventaron, en 1521, la Nueva España, cuyo territorio llegó a ser desde la mitad del actual Estados Unidos hasta la actual Centroamérica. Siguieron trescientos años de oscuridad según los programas de estudio oficiales de nuestras escuelas. Sin embargo, en ese largo periodo además de música, pintura, arquitectura —y la primera universidad de toda América—, teatro y poesía y aun ciencia como en la metrópoli, hubo narraciones (como ejemplo, Carlos de Sigüenza y Góngora, 1645-1700 —por otro lado, varios escritores del siglo XIX escribieron novelas y cuentos de la época “colonial”). A pesar de eso, se dice que *El periquillo sarniento* (1816), de José Joaquín Fernández de Lizardi, es la primera novela de México e Iberoamérica. El siglo XIX es más prolífico: Vicente Riva Palacio, Justo Sierra O’Reilly, Luis González Obregón, José Tomás de Cuéllar, Eligio Ancona, Heriberto Frías, José Pascual Almazán, etc., aunque el más conocido es Manuel Payno. Los siglos XIX y XX han sido intensos. Guerras de independencia contra la metrópoli, revoluciones y con todo se ha escrito novela, el género narrativo —a pesar de Borges— más apasionante.

Identifico el origen de la novela contemporánea del país en la inestabilidad que propició la revolución de 1910-1919. Mariano Azuela publica su famosa novela *Los de abajo* (1916), además de *Los caciques* (1918), en ese periodo; luego, Martín Luis Guzmán, el mejor prosista de entonces, con sus novelas *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929), entre otros. José Vasconcelos, aunque

no escribió novelas, tiene sus libros autobiográficos que lo parecen: *Ulises Criollo* (1935). Hubo un buen número de escritores más: Nellie Campobello, Rafael F. Muñoz, Francisco L. Urquiza, Agustín Vera, José Rubén Romero, Mauricio Magdaleno, etc., pero Azuela y Guzmán serían los ejemplares.

Después aparecería Agustín Yáñez, con técnicas más contemporáneas, con las novelas *Al filo del agua* (1947) y *Las tierras flacas* (1964), entre otras. Se da a conocer Juan Rulfo, que impresionaría por su tradicionalismo y su contemporaneidad —al mismo tiempo—, con *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955). De Rulfo se ha comentado que aprendió de William Faulkner, cosa que aquél negó siempre, aunque aceptaba que lo había leído. En Rulfo se percibe aún el olor a quemado de conflictos posrevolucionarios, como la guerra cristera contra el gobierno revolucionario instituido. Hay quienes sitúan a Rulfo como el antecedente del realismo mágico, pero creo que esta corriente y la novela de aquél son escrituras no sólo diferentes sino opuestas; la de Rulfo gana en originalidad y profundidad: no es *naïf*. Juan José Arreola autor de *Confabulario* (1952) también lo es de *La feria* (1963), novela hecha de fragmentos: técnica narrativa contemporánea. Elena Garro (*Los recuerdos del porvenir*, 1963) tiene algún elemento de realismo mágico y se adelanta a *Cien años de soledad* (1967). Pero también hay otros como Sergio Galindo. José Revueltas, Luis Spota, Jorge López Páez, Juan Vicente Melo, Rubén Salazar Mallén, Rosario Castellanos, Rafael Bernal (*El complot mongol*), Vicente Leñero (*Los albañiles*), Julio Torri, María Elvira Bermúdez, Guadalupe Dueñas, Francisco Tario, Amparo Dávila e Inés Arredondo.



Entonces se acuña el concepto de “los jóvenes”. Como joven brillante se tomaría a Carlos Fuentes, con *La región más transparente* (título que Fuentes tomó prestado de uno de los patriarcas de las letras nacionales, Alfonso Reyes), de 1958, con rasgos de la novela estadounidense, inicio de una vasta obra que no termina aún. Fue considerado como parte del *boom*, nombre dado por la publicidad editorial que anunciaba la novela hispanoamericana en los sesenta, identificada, también, por Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez. Aunque hay otros que debieron formar parte de este *boom*, como Guzmán, Rulfo y Yáñez, desde luego Borges, Sabato, Bioy Casares, Cabrera Infante, Donoso, Onetti, etcétera.

Entre los jóvenes de estos años hay que mencionar a Sergio Pitol; empezó a publicar desde 1959, autor de la novela *El tañido de una flauta* (1972). Juan García Ponce inicia con *Figura de paja* (1964) una larga serie de títulos narrativos. José Emilio Pacheco, autor de la novela *Morirás lejos* (1967), escrita con una técnica propia de la *nouveau roman* francesa en boga en la década de los sesenta; parecida técnica narrativa se nota en Julieta Campos y Josefina Vicens. Fernando del Paso (*José Trigo*, 1966) experimenta con el lenguaje. Todos ellos son de corte cosmopolita.

La influencia cultural-literaria francesa en México había sido reemplazada desde tiempo atrás por la estadounidense —y su aliada natural, la inglesa—. Después del príncipe Maximiliano (1864-1867) y del afrancesamiento de los periodos presidenciales de Porfirio Díaz (1877-1880 y 1884-1911), ya no se quería saber mucho de Francia (y la cultura española se había tratado de aniquilar, en el fondo vanamente, desde 1810). Injustamente porque, más allá de la lucha por el poder, la cultura francesa no es para desdeñarse. Tras el triunfo de la revolución de 1910 para el pueblo mexicano, o más bien para sus líderes, volvió el problema esencial, existencial, cultural y psicológico (a veces creo que patológico también) surgido con la independencia en 1810: si no somos españoles (ni franceses), ¿qué somos?; porque mexicas (aztecas) tampoco somos. Aunque oficialmente se decretó que somos aztecas. Viene a mi mente el libro —donde se estudia al mexicano— de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934): “La solución consistió en imitar a Europa...”

De tal modo que después de la revolución de 1910 se tomó como bandera el nacionalismo (como lo demuestra la famosa escuela mexicana de pintura: el muralismo), no pocas veces recalcitrante y provinciano (folclórico). Muera

España (otra vez), muera Europa y viva el mito del águila y la serpiente; nuestros héroes son Cuauhtémoc, Benito Juárez y Emiliano Zapata. Esto significa que cualquier cosa que recordara a Europa era mal vista; lo raro era que no fue lo mismo con la cada vez más creciente influencia estadounidense que, de hecho, empezó en la república de Juárez, con la pausa porfirista. De aquí se pueden entender muchas cosas de la historia de México, por un lado, y por el otro, de la novela del mismo, que no tiene hasta ahora una tradición reconocible ni menos única.

Cierta tarde me encontré con un amigo, en las afueras del Palacio de Bellas Artes, al que le interesaba también la literatura y me dijo: “¿Ya leíste esta novela que está causando revuelo?” Un poco confuso por no estar al tanto incliné la vista para ver en sus manos *Farabeuf, o la crónica de un instante* (1965), de Salvador Elizondo. Novela que, aunque con un asunto de fines del XIX o principio del XX francés, denota audacia erótico-filosófica; por su forma narrativa también nos lleva a la *nouveau roman*, a pesar de que Elizondo no aceptó nunca la filiación. Aquella novela fue importante para mí, como para otros jóvenes escritores de los sesenta-setenta, ya que en ese momento se popularizaba la llamada “novela de la onda”, tendencia literaria juvenil que dejaba a entender rasgos de la *beat generation* estadounidense. En esta última línea publicaron novelas Gustavo Sáinz, José Agustín y Parménides García Saldaña.

Confieso que me interesó la *nouveau roman* (Robbe-Grillet, etc., en especial Samuel Beckett), dos de mis antinovelas y cuentos hasta 1989 se acercan a esta corriente.<sup>1</sup> Pero hay otros novelistas que sin tener esta influencia muestran preocupaciones formales, literarias, y que surgieron a partir de los setenta. Línea ésta que, igual que muchas otras, no se ha estudiado debidamente. Hasta donde sé no hay todavía un estudio serio —no de gusto; no de grupo del autor que se permite excluir a otros como le da la gana—, global, de la narrativa mexicana contemporánea. Suelen comentarse a los tocados por la fama del momento, que no siempre son los mejores y, claro, a los amigos del “crítico”. Por fortuna, existen los importantes diccionarios de escritores mexicanos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM<sup>2</sup> y del Centro Nacional de Información y Promoción de Literatura del INBA<sup>3</sup> que dan un panorama bastante más amplio.

En los últimos años han surgido nuevos escritores de novela y cuento, tantos que la burocracia cultural se ha olvidado que hay otros novelistas y cuentistas que ya no son jóvenes y que parecen (o están) marginados. Tal vez como

resultado del buen número de becas y premios tanto de CONACULTA y similares en los estados de la república como de las editoriales y, tal vez, de la aparición de escuelas de escritores en varias partes del país y de talleres literarios desde que les dio carta de identidad Juan José Arreola en los sesenta. (Yo mismo imparto cursos-talleres de narrativa.)

Sin embargo, *grosso modo*, las novelas que se han publicado en los últimos años no demuestran muchas preocupaciones formales —o repiten mecánicamente las que se practicaron desde los años cincuenta y sesenta—, más bien se interesan en contar historias, una buena “story”, como dice Milan Kundera en su libro *El telón*. Existe un interés editorial, también, en publicar exactamente esto: historias que *vendan* (como dice Juan Goytisolo: “productos editoriales”). Y éstas también suelen ser crónicas, historias sobre el narcotráfico, la narcopolítica, los neozapatistas, los secuestros, las muertas de Juárez, las pandillas de los maras, asuntos de corrupción de los representantes de la Iglesia, el advenimiento del nuevo caudillo y otros sucesos de actualidad, que siempre será instantánea. El problema no es ése sino que se escriba más que novela una historia (crónica, anécdota, noticia), y la novela es mucho más que una historia. Presiento que tan sólo se quiere satisfacer el mercado editorial. Es éste, de ser el caso, el que estaría imponiendo las condiciones y no las preocupaciones (ahora sí históricas) del arte novelístico contemporáneo, como debería ser.

Algunos influyentes comentaristas de suplementos culturales y escritores parecen estar de acuerdo con esta situación. Se ve un auge de novelas, cierto, pero predominan las reconocidas por el término inglés *light* (que no se entiende como iluminado o encendido sino, al contrario, ligero, superficial, fácil, vacío) y las que no poseen cualidades como ésta tendrán muchas dificultades para ser publicadas. De este modo, algunos cuentistas y novelistas mexicanos surgidos en las últimas tres o cuatro décadas son sobrevaluados y otros subvaluados y aun ignorados, lo cual es muy peligroso para la literatura nacional —sin menoscabo de los pocos que estén adecuadamente reconocidos.

Llego al final de este texto sin intentar una clasificación académica, pero, en cambio, citaré, además de los mencionados, sin diferenciar de ninguna manera —edad, calidad, tendencia o aceptación— a los narradores: Héctor Aguilar Camín, Herminio Martínez, Ignacio Solares, Carlos Montemayor, Eugenio Aguirre, Joaquín Armando Chacón, Angelina Muñiz-Huberman, Aline Pettersson, Dante Medina, Daniel González Dueñas, María Luisa

Mendoza, Jorge Ibarquiengoitia, Tomás Mojarro, Ricardo Garibay, Severino Salazar, Jesús Gardea, Eloy Urroz, Daniel Sada, Ignacio Padilla, Elmer Mendoza, Juan Villoro, Rafael Gaona, Jorge Volpi, Jorge Arturo Ojeda, Luis Zapata, Ana García Bergua, Francisco Prieto, Alberto Ruy Sánchez, Pedro Ángel Palou, Rafael Ramírez Heredia, María Luisa Puga, Gabriel Mendoza, Héctor Manjarrez, Rosa Beltrán, Luis Carrión, Raúl Rodríguez Cetina, Federico Campbell, Luis Arturo Ramos, Paco I. Taibo II, Salvador Castañeda, Esther Seligson, Agustín Ramos, Manuel Echeverría, Manuel Capetillo, Álvaro Uribe, Hugo Hiriart, David Toscana, Laura Esquivel, Bernardo Ruiz, Emilio Carballido, Marco Antonio Campos, David Martín del Campo, Jorge Aguilar Mora, Ángeles Mastretta, Daniel Leyva, Emiliano González, Armando Ramírez, Juan Tovar, Hernán Lara Zavala, Roberto Bravo, Lazlo Moussong, Luis Humberto Crosthwaite, Marco Aurelio Carballo, Rodolfo Bucio, Humberto Rivas, Beatriz Espejo, Agustín Monsreal, Silvia Molina, Guillermo Samperio, Andrés González Pagés, Antonio Delgado. Son más, por supuesto.



Con lo que trato de mostrar que la narrativa mexicana de las últimas décadas (algunos nombres citados son de fechas anteriores) está en espera de quienes la estudien honesta y rigurosamente (aunque escasos, hay intentos en México, pero me parece que el mejor esfuerzo se hace en universidades estadounidenses). Por lo tanto, la narrativa mexicana, sobre todo la escrita a partir de 1970, está, tanto dentro como fuera de México, aún por ordenarse y descubrirse. •

#### Notas

<sup>1</sup>Me refiero a *Manuscrito anónimo llamado consigna idiota* (1975, antinovela) y a *Historia fingida de la disección de un cuerpo* (1982). Ésta es una novela que se niega a sí misma una y otra vez en su estructura y discurso narrativo. Tiene relación con los “textos visuales” que realicé para una exposición llamada *Libro objeto*, en 1979, que incluía *performances*. Sin embargo, esto fue una tendencia de los sesenta-setenta. Las vanguardias, al hacerse historia, dejan de serlo; hay que volver a empezar, como en el mito de Sísifo. Ahora habría que pensar cómo es la novela entre los siglos xx y xxi que está o debería estar muy lejos de la del xix.

<sup>2</sup>*Diccionario de escritores mexicanos (siglo xx)*, dirección y asesoría: Aurora M. Ocampo, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988-2006.

<sup>3</sup>Josefina Lara Valdez y Russell M. Cluff, *Diccionario biobibliográfico de escritores de México 1920-1970*, México, Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura / Brigham Young University, 1993.

[Necesaria nota: Silvia Pratt me telefoneó una noche para decirme que Louis Jolicoeur, escritor quebequense, necesitaba un breve texto sobre narrativa mexicana para un número de la revista *Nuit blanche*, de Québec, y ella quería saber si yo podía hacerlo. Sí, le dije. Luego pensé estas notas para un lector que probablemente no conociera ni la historia ni la literatura de México, ya que nuestro país suele ser poco conocido (o comprendido) fuera de nuestras fronteras y aun dentro de ellas. Sin embargo, me parece que el punto de vista que lo sustenta, con algunos cambios formales, vale para darlo a conocer en la revista *Casa del Tiempo*, de la Universidad Autónoma Metropolitana (H.G.)]

HUMBERTO GUZMÁN es autor de *Aprendiz de novelista. Apuntes sobre la escritura de novela o el oficio de escribir novela* (Lectorum, 2006); y, entre otros quince títulos, las novelas (de Praga) *Los buscadores de la dicha* (CONACULTA, Lecturas Mexicanas, 2004) y *Los extraños* (Tusquets, 2002).